

Lidia Santelices V.

## El Don Juan, de Byron y El Estudiante de Salamanca, de Espronceda

Críticos muy ilustres, con muy diferentes apreciaciones también, han discutido el influjo que en la vida privada, política y literaria de Espronceda haya podido tener el celeberrimo Par inglés, Jorge Gordon, Lord Byron.

Acaso en vida de ambos empezaron, encarnizados por rivalidades personales, los malignos comentarios, origen sí de una crítica posterior mejor encaminada, que pintaban al bardo español como un simple traductor o plagiarlo en el campo literario, y como un «alter ego» que imitara los gestos del gran señor libertino en sus orgías, sus ataques a la sociedad y esos rebeldes desahogos del tedio que consumían al poeta inglés.

Mi propósito es simplemente acercar ambas obras y, siquiera en algunos casos, provocar una chispa de luz con este choque.

Varias dificultades se presentan: espíritus tan rebeldes no se pueden coger con facilidad y cuando ya creíamos asirles las alas sólo hallamos dudas y perplejidades en muchas ocasiones. Hay también casos en que la comparación no resulta fructuosa en las obras a que nos hemos concretado, sino que da más positivas luces en composiciones distintas, como ser los indiscutibles paralelismos entre El Diablo Mundo y algunos Cantos de Don Juan.

En éste, como en todos los aspectos de la vida humana, las opiniones más divergentes se han emitido sobre el mismo problema.

Aunque algunas de muy poca autoridad crítica, verteremos aquí opiniones antitéticas; al menos servirán como dato ilustrativo.

Rodríguez Solís, herido en su patriotismo, se indigna y rehusa toda posibilidad de imitación. Del manajo de afirmaciones absurdas o fácil-

mente rebatibles, escogemos la que nos parece más razonable: «No necesitaba imitar nada de Goethe o Byron; el germen de la nueva escuela estaba ya en los clásicos españoles, Félix (en *El Estudiante de Salamanca*) no se deriva de Byron, a cuyos héroes eclipsa exactamente como Elvira eclipsa a las heroínas de Byron» (1).

Don Juan Valera reconoce, con ciertas limitaciones, el valor de esta influencia: «Dicen los envidiosos que Espronceda no hace sino imitar a Byron Yo confieso que lo imita en algunas digresiones de *El Diablo Mundo*, en el Canto del Pirata, y en la carta de doña Elvira, de *El Estudiante de Salamanca*, que es casi una traducción de la de doña Julia. Pero estos envidiosos no comprenden o no quieren comprender que don Félix de Montemar no está tomado de Byron y vale tanto o más que los héroes de Byron, así como doña Elvira vale más que Medora o Gulnara... En él (Espronceda) se abrigan pasiones vehementísimas y sublimes. Espronceda hubiera sido más que Byron, si hubiera nacido donde y como Byron nació... Es anglomanía y falta de patriotismo creerle tan inferior a Byron porque a veces le toma por modelo. Nada hay de Byron en la *Introducción del Diablo Mundo* y, sin embargo, es admirable, acaso, lo mejor que se ha escrito en verso castellano» (2).

Piñeyro analiza más serenamente los hechos: «Ninguno ha importado a otro país y en otra lengua con más tino y mejor fortuna los caracteres especiales de la poesía de Byron, que el malogrado vate español José de Espronceda. No solamente se asimiló gran parte de lo que había de superior en la inspiración de Byron y recogió y guardó como un reflejo brillante del estilo del poeta, para verterlo después con éxito maravilloso sobre la rotunda versificación castellana, sino que penetró hasta lo más íntimo en ese nuevo arte, en esa poesía de combate, que era por su esencia una protesta incesante y elocuente contra las miserias y las locas reacciones de la época».

Para Moreno Villa la semejanza es evidente, pero la juzga superficial: «Es inútil negar que anduvo a la moda byroniana, sin que nadie pretenda decir que fuese un plagiario—Toreno aparte;—su admiración por Byron no es la misma que la sentida por Heine, por Leopardi, por Pushkin y por casi todos los grandes contemporáneos suyos; es algo más filial o fraternal... Es evidente que le atraía su obra y su conducta, su arrogancia, su desenfado para juzgar de la vida y moverse en ella, su escepticismo y su agilidad mental. Pero quien analice sus obras con un poco de cuidado verá que, a pesar de eso, a pesar de haber, acaso de un modo inconfesado a sí mismo, deseado producir obras como las de Byron, sus frutos son en el fondo y en la estructura general muy distintos» (3).

(1) Este y Piñeyro citados por Churchman, *Byron and Espronceda*, *Revue Hispanique*, Vol. XX, pp. 15 a 17.

(2) Juan Valera, *Obras Completas*, T. XIX, pp. 29, 30, 36 (1854-1856).

(3) Moreno Villa, *Prólogo a la Edición de La Lectura del Estudiante de Salamanca*, Madrid 1923, pp. 25-27.

## DON JOSE DE ESPRONCEDA

Afirma la Real Academia Española que la biografía de don José de Espronceda, escrita por Cascales y Muñoz es «la más completa y mejor documentada que se conoce, pues nada falta en este libro...» En realidad con esta obra puede decirse que se hizo la luz en muchos de los puntos antes tan tenebrosos de la vida del gran lírico romántico.

En la misma Introducción Cascales deja destruída casi toda la leyenda donjuanesca, de ateísmo y de crápula que formaba el halo romántico a la melena obscura del poeta.

Puede decirse que «el pobre bohemio» recibió el dinero a manos llenas. Hay recibos de las remesas enviadas por el Brigadier Espronceda a su hijo en Londres que ascienden unos a noventa y cuatro libras, otros a seis mil ochocientos reales. Las cartas del muchacho demuestran que no se acertaba para pedir ni se medía para gastar, pues en una ocasión pide cuatro mil reales sólo para pagar «pequeñas deudas».

Algunos críticos han llegado hasta presentar la muerte de Espronceda como consecuencia de enfermedades repugnantes, «corroído por los vicios», pero el certificado médico de defunción prueba que fué a causa de una inflamación a la laringe que bien podríamos calificar de inocente.

En cuanto a irreligiosidad, llega a afirmar Cascales que era «buen católico, sin otros extravíos que los propios de la juventud». Hay trozos de sus obras que parecen producto de un ateísmo rabioso, pero opina este biógrafo que no hay que creerle, porque «siendo un gomoso inofensivo, representaba a las mil maravillas el papel de revolucionario y de bohemio; siendo muy católico, pasaba por deísta a la inglesa, y siendo víctima de las mujeres se las daba de conquistador empedernido».

El «calavera» no se aproximaba ni con mucho a Don Félix de Montemar, ni sus travesuras excedían a las de cualquiera de su edad y sus medios de fortuna.

En cuanto a revolucionario, nada tiene de extraordinario que lo fuera en una época en que todo hombre recto debió sentirse indignado ante las miserias y vergüenzas de la monarquía española. Habría, por el contrario, sido imperdonable que permaneciera indiferente ante tales problemas.

Por lo que se refiere a amores, sabemos con absoluta certeza que tres mujeres pasaron por su vida dejando huellas cual más cual menos profundas. Las aventuras que la leyenda le atribuye no podemos cargarlas con certeza a su cuenta. Si consideramos la intensidad de sus amores, vemos como indudable calaverada su pasión y relaciones con Teresa Mancha, pero ya se ha dicho que ella fué «más bien la seductora que la seducida de Espronceda».

La segunda de la lista es doña Carmen de Osorio, a la cual dedicó sus poesías con un soneto. Se nos dice que era casada, ni inocente ni sencilla, más bien casquivana, ligera, tornadiza.

Exagerando un poco, Cascales agrega que ninguna de las dos era una virgen inocente, sino «aves de rapiña en cuyas garras parecía él una tórtola». Nos recuerda al don Juan de Byron, siempre perseguido por casadas y doncellas.

Cortón sugiere muy claramente que tuvo también relaciones amorosas con doña Gertrudis Gómez de Avellaneda (1).

Por fin, la última, doña Bernarda Beruete, parecía haberlo traído nuevamente a las primeras ilusiones y soñaba, según se dice, como un romántico y sano adolescente en formar un hogar.

Igual respeto y cariño, idénticos anhelos prueban las cartas a sus padres, llenas de apasionada ternura, también algunos de sus versos y sus observaciones a Escosura en París, al volver de La Haya.

Su actuación como diputado demuestra que en él pocas huellas del revolucionario quedaban.

Ansa el amor del hogar, de los hijos; nos pinta con tal deleite escenas íntimas que, después de desentrañar estos sentimientos en sus versos, nos parece perfectamente natural, aunque paradójico, el imaginarnos a un Espronceda cuarentón, perfecto burgués, dedicado a corregir severamente los arranques revoltosos que sus neños habrían de heredarle.

Cortón opina que «hastiado de la vida mundana de escepticismo y de placeres, se disponía a ingresar como un bendito en el gremio de los casados» (2).

«Hijo del ambiente de su tiempo» lo llama Cascales y, para probarlo, desenvuelve la tela de tiranías, nobles resistencias al invasor, prostitución de la monarquía, guerras civiles, traiciones, etc., que ensangrentaron o envilecieron el suelo español.

Vientos de escepticismo soplan por toda Europa; la fiebre romántica empieza a propagarse: Lamartine, Musset, Sand, Goethe, Schlegel, Heine, Byron, Walter Scott y Leopardi en el extranjero, encabezan la revolución literaria.

Las palabras de su íntimo amigo Escosura—más tarde también su deudo, nos suenan con tal acento de sinceridad que el «impío, lúbrico, enamorado, egoísta acaso, acaso suicida» como alguien le llamó, se desvanece ante el «caballero a toda ley con hombres y mujeres, buen hijo, tierno padre, entrañable amigo» que nos presenta. Sostiene que Espronceda fué más «hipócrita del vicio y de la impiedad que impío y vicioso realmente». Sus biógrafos consignan en el poeta rasgos de caridad poco comunes, generosas limosnas, cuidados filantrópicos a enfermos y moribundos desconocidos en épocas de epidemias.

Zorrilla, después de describir entusiastamente su belleza varonil en los «Recuerdos del tiempo viejo», lo llama leal, generoso y bueno... «La política y los amigos le dieron una reputación que jamás le perteneció».

(1) A. Cortón. Autores célebres.—*Espronceda*, Madrid, 1906, p. 114.

(2) A. Cortón. Autores célebres.—*Espronceda*, Madrid, 1906, p. 70.

Y así como él opinan todos los que conocieron a Espronceda de cerca.

---

Según certificado del sacerdote que lo bautizó, José Ignacio Javier Oriol Encarnación Espronceda, hijo legítimo del Teniente Coronel Don Juan de Espronceda y de doña María del Carmen Delgado y Lara, nació el 25 de Marzo de 1808, a las seis y media de la mañana. El lugar del suceso fué Pajares de la Vega, un campo en el camino de Almendralejo, Extremadura, «lugar cubierto de escombros y ruinas de suntuosos edificios romanos».

Sus padres ocupaban antes del viaje el N.º 8 de la calle denominada hoy de Fernando Ceballos en Villafranca, pero los sucesos de Aranjuez, al obligarlos a huir precipitadamente a Badajoz, les impidieron esperar allí la llegada del anunciado huésped.

«Este suceso con visos de peripecia es como anuncio de su azarosa vida», dice Moreno Villa (1).

Su madre era un cuarto de siglo menor que el Teniente Coronel, por consiguiente, «fué hijo de padre viejo y de madre joven». Ambos eran viudos. Se sabe que por lo menos tuvo tres hermanos, todos eran mayores y murieron temprano, por eso el poeta ha sido considerado por muchos biógrafos como hijo único. Don Juan tenía cumplidos los 53 años cuando se casó en 1804 con doña Carmen, de 28.

Hacia 1820 la familia se halla establecida en Madrid, calle del Lobo, en una casa en que ocupaba otro piso su después gran amigo, Patricio Escosura.

Desde muy niño demostró Espronceda su fuerte personalidad. A pesar de que cuentan sus biógrafos que su madre tenía un carácter severísimo y en ese matrimonio «él era ella y ella era él», o en términos más vulgares, que doña Carmen llevaba los pantalones y hasta el sable del coronel, a pesar, digo, de eso, hizo prevalecer su autoridad de niño mimado y no quiso aprovechar la plaza de cadete en la Academia de Artillería que su padre le consiguiera por 1821, pues ese mismo año ingresó al Colegio de San Mateo, dirigido por don Juan M. Calleja, y donde enseñaban José Gómez Hermosilla y don Alberto Lista. Del último siguió recibiendo clases privadas al ser cerrado el establecimiento por real orden en 1823.

Sus primeros balbuceos literarios los hallamos en la Academia del Mirto, que muy probablemente duró desde 1823 a 1826.

De 1823 data igualmente la famosa sociedad de los Numantinos, revolucionaria y, como tal, secreta, política y conspiradora. Allí desahogaron y encauzaron sus arrestos de adolescentes Escosura, Ventura de la Vega, Espronceda y varios otros.

---

(1) Prólogo cit., p. 7.

Con su entusiasmo y decisión, bríos y voluntad habrían logrado transformar en republicana o anárquica la faz de esa España tirana y despótica... a no ser sus miembros sólo una decena de muchachos de 14 a 16 años.

Las primeras sesiones tuvieron por sala el aire libre, los cerros del Observatorio Astronómico y la Pradera del Canal. Más tarde el local elegido en los sótanos de una botica en la calle de Hortaleza, el decorado, los trajes, todo revela ya el germen robusto del espíritu romántico que luego estallará con fuerza irresistible. Las descripciones que Escosura, uno de sus presidentes, nos ha dejado parecen escenas recortadas de los dramas en boga algunos años más tarde: la mesa encarpeta de negro, rojos faroles que al trasluz dibujaban siluetas macabras, pesadas y negras cortinas, espadas y pistolas, misterio, peligro, ropones y capas negras, antifaz veneciano en las grandes ocasiones... ¿qué más para la época y como anunciación de lo que vendrá?

El sacrificio de Riego, ahorcado en la plaza de la Cebada el 7 de Noviembre de 1823, causó honda y justa indignación en los valerosos Numantinos que juraron vengarlo y, lo peor, por escrito. El documento sirvió al traidor para ponerlos en grave riesgo.

¡El triunfo del absolutismo fué tal que Fernando VII pudo entrar a Madrid en un carro tirado por veinticuatro mancebos de la más rancia nobleza que se enorgullecían de tamaño honor!

Las represalias empezaron furibundas y temibles. En 1824 Espronceda, ahora presidente de los Numantinos, fué recluído por cinco años al Convento de San Francisco de Guadalajara. La pena fué casi nominal. Acaso Espronceda revolvió el gallinero en forma inusitada, acaso su carácter no resultó el modelo de obediencia y humildad que los siervos de Cristo necesitaban, el hecho es que se hizo indeseable en los pacíficos claustros y a las pocas semanas le dieron certificado de que había cumplido la condena.

Continúa su vida de estudiante en el nuevo colegio que Lista dirigió desde 1823 a 1826 en la calle de Valverde. Por un certificado del maestro sabemos que cursó «con aplicación y aprovechamiento» las diversas ramas de las Matemáticas, Retórica, Poética, Historia, Mitología y Geografía, Latín, Francés, Inglés y nociones de Griego...»; en muchos de ellos premiado en los certámenes tanto particulares como públicos que se celebraban en dicha casa de educación». Sin embargo, se ha dicho que entre Byron y Espronceda existe la misma diferencia que entre la Universidad de Cambridge y el Colegio de la calle Valverde.

Tal vez cansado del ambiente, acaso indignado por el absolutismo o simplemente por el ansia de ver mundo, lo vemos marcharse de Madrid a Gibraltar y «De Gibraltar a Lisboa». Así llama el artículo en que narra sus experiencias, publicado en *El Pensamiento*, en 1841. Es interesantísimo porque en este muchacho de 17 a 18 años podemos ver la futura ideología del poeta que germina robusta. Rasgos de humorismo satírico,

de escepticismo pesimista, de aguda crítica a cuanto le rodea, ya se hallan bien marcados en aquel retrato a brochazos de la mujer que juraba en todas las lenguas; también en esa exclamación de temprano desencanto: «¡Lorado sea Dios que con tantas ilusiones me echó al mundo, no tanto para mi provecho como para diversión suya, que se ha entretenido en írmelas quitando una por una!»

Fitzmaurice-Kelly ha dicho que Espronceda salió de España clásico y volvió romántico, pero conviene observar que en esta composición hay muchas características que nada tienen de neo-clásicas. Concluye el artículo con el tan comentado episodio de las monedas que arrojó al Tajo «para no entrar en tan gran ciudad con tan poco dinero». Fitzmaurice-Kelly y Piñeyro califican el gesto de «pose» o «boutade» a lo Byron. Cascales sugiere que bien puede que más duros en sencillo no tuviera, pero que «no le faltarían algunas onzas de que disponer para sus gastos», considerando la posición de sus padres y el hondo cariño que siempre le profesaron.

De Portugal pasó a Inglaterra a fines de 1827 y antes de dos años está en Bruselas, desde donde escribe a su madre una carta que empieza así: «Yo, mamá mía, no soy un hijo degenerado...» sigue en términos de conmovedora ternura, casi inconcebibles en el fogoso poeta de la leyenda.

## TERESA

Cascales afirma que todos los biógrafos de Espronceda están de acuerdo en que el poeta conoció en la ciudad lusitana de las riberas del Tajo a la mujer que más que nadie y que nada iba a transformar su vida, pero los documentos faltan en lo que a estos asuntos respecta.

Churchman sugiere que acaso el solo nombre de Teresa la haya hecho más atractiva al adolescente español, por el recuerdo de los famosos amores de Byron con la condesa italiana, Teresa Guiccioli; pero sus biógrafos no dejan duda de que reunía otros encantos mucho más positivos.

Se habrían conocido en la prisión de reos políticos, en el castillo de San Jorge, aunque no hay prueba alguna en los archivos correspondientes de que Espronceda estuviera alguna vez allí. El idilio no habría sido largo pues ella habría partido primero a Londres y allá la habría encontrado él más tarde, ya casada con don Gregorio del Bayo, según las versiones de Rodríguez Solís y Fitzmaurice-Kelly. Cascales cree que todo esto es un error, porque Espronceda llegó a Londres en 1827 y Teresa no se habría casado aún en Febrero de 1829. Cascales parece demostrar que el rapto de Teresa se verificó mucho más tarde y no en Londres como afirma Cortón, sino en París. Así opina don Balbino Cortés, quien aseguró haber intervenido personalmente en el asunto. A ruegos de este anciano, casi nonagenario en 1883, Rodríguez Solís publicó en *La Ilustración Artística de Barcelona*, el 30 de Julio de ese año, un artículo que rectifica los datos anteriores y cuya lectura es por demás interesante.

Por haberla dejado soltera en Londres en 1828, por estar ahora casada con don Bayo y tener un hijo, a quienes abandona por seguir al poeta, Cascales infiere que «no pudo tener efecto la aventura sino después de Febrero de 1829». Su hipótesis es ésta: «Espronceda y Teresa se encontraron en el mismo hotel, siendo jóvenes y bellos uno y otra; comerían en la misma mesa, quizás frente a frente... el señor Bayo dejaría en la fonda sola a su esposa... el poeta tal vez se consagrara a acompañarla; los que empezaban por simpatizar concluirían por amarse, y... lo demás lo hizo el diablo» (1).

El caso es que a España regresa con ella, a favor de la segunda amnistía de 1833; todos sus biógrafos la consideran el primer amor del poeta.

Recordando al Estudiante de Salamanca, Cortón dice que «lejos de matar a Elvira, estuvo a dos pasos de que Elvira le echase a la fosa».

Al regresar el desterrado a la patria, don Juan de Espronceda no existía. Había fallecido el 1.º de Enero de 1833. A propósito de esto, Fitzmaurice-Kelly dice que la expulsión del poeta a Cuéllar, que tiene lugar algunos meses después de su vuelta, debió afectar penosamente a su padre «que murió al año siguiente». Esta afirmación nos parece tan errada como la que atribuye a los influjos del Brigadier el puesto que Espronceda obtuvo en los Guardias de Corps (2).

El poeta fuere a vivir con su madre y estableció a Teresa en la calle de la Cruz, que «fué en verdad de paraíso y de amargura, de pasión y de calvario» (3).

El hecho de vivir separados, celos de parte de ella principalmente, el escondite y los sobresaltos en que él vivía, desaveniencias más y más profundas... las picardías de la vida, en fin, fueron minando tan volcánico amor hasta concluir con la explosión definitiva, allá por 1836, según Piñeyro. Era la segunda vez que Teresa abandonaba al poeta y ahora deja a su amante y a su hijita Blanca, como otrora dejara a su marido y a su hijo Ricardo. Nunca ya volvió a reanudarse el lazo roto de amores tan célebres.

La impresión que este suceso causó a Espronceda debió ser honda, pues sabemos que le acarreó una grave enfermedad de la cual convalecía cuando lo conoció Zorrilla.

Teresa muere física—«como la Dama de las Camelias»— el 18 de Septiembre de 1839 y es enterrada de limosna, pero por el papel que le cupo desempeñar en la romántica trayectoria del poeta, se dejó asegurado un lugar en la historia.

López Núñez describe muy dramáticamente la última entrevista del poeta y su amada: «Corría el mes de Septiembre de 1838 (sic) y era la madrugada del 19. Por la calle Santa Isabel subía Espronceda envuelto

(1) J. Cascales y Muñoz, *Espronceda, su vida, su época*, Madrid, 1914, p. 102.

(2) J. Fitzmaurice-Kelly, *Espronceda*, *The Modern Language Review*, Oct. 1908.

(3) Moreno Villa, *Pról. cit.*, p. 14.



en romántica y castiza capa de seda azul. Un esplendor de cirios fúnebres visto de lejos le acongojaba. Y al llegar frente a una casa de vulgar apariencia se detuvo. Allí, en una habitación separada de la calle por una ventana abierta, cuya reja humedeció con su llanto el poeta, se veía en un humilde féretro el cadáver de una mujer hermosa: era Teresa!..

«Un idilio póstumo desarrollóse entre el desdichado y su amante antigua. Toda la madrugada permaneció Espronceda velando de aquella manera el cadáver de Teresa. Agarrado a los hierros de la reja sollozaba roncamente. El sereno, de vez en cuando, se acercaba a él extrañado de aquella escena espantosa y lúgubre... Ya de día retiróse Espronceda... No quiso acostarse. Fué a la camita donde dormía Blanca, y acariciándola con ese arrebató propio de las grandes conmociones sentimentales, besó en la pura frente de la hija, la pecadora de la madre muerta...» (1).

## ACTIVIDADES POLITICAS Y LITERARIAS DEL POETA

Cuando vivía en el extranjero, su persona llegó a hacerse terriblemente sospechosa al Gobierno español; se le creía elemento peligroso y por demás temible; de aquí que se tratara de impedirle a toda costa que se acercara a la península, y aún llegaron hasta allanar la casa de su padre en busca de papeles sediciosos o comprometedores, en Marzo de 1829. Deben haber causado sensación los rumores que atravesaban la frontera de que el poeta se batía en las barricadas de París, del 27 al 29 de Julio de 1830.

Más tarde figura entre los doscientos temerarios que a la cabeza de don Joaquín de Pablo hacen frente al millar que el general Eraso les pone con las desastrosas consecuencias que lógicamente se esperan. Como ésta, todas las tentativas contra el absolutismo fracasan y «la reacción se acentuó en España hasta el extremo de ordenarse la clausura de las universidades, sustituyéndolas con una escuela de tauromaquia que con carácter oficial se abrió en Sevilla» (2).

Al poco tiempo de llegar a España (1833), Espronceda ingresa al Cuerpo de Guardias de Corps y asiste con frecuencia al Parnasillo con sus viejos amigos; pero muy luego sale expulsado a Castilla la Vieja, a Cuéllar, a causa de unas décimas satíricas y a pesar de la defensa de su jefe.

No gozó largamente de la libertad recobrada, pues en Julio de 1834 es de nuevo apresado. Gracias a una carta dirigida a la Reina Cristina logró verse libre inmediatamente. Al año siguiente, al frente de su compañía de Cazadores, se une a la sublevación de la milicia en contra de

(1) J. López Núñez. *Biografía anecdótica de don J. de Espronceda*. Edit. Mundo Latino, pág. 63.

(2) Cascales y Muñoz. Ob. cit., pág. 95.

Toreno. Esto explica las lindezas que uno y otro se prodigaron (1). A pesar del fracaso de la tentativa, al año siguiente se insurrecciona contra el Ministerio de Istúriz. En todos sus actos se revela al republicano exaltado.

Parece que por Septiembre de 1840 ya se sentía Espronceda delicado de salud, pues Valera afirma que estaba en los baños de Carratraca y asegura que abandonó su curación para acudir al movimiento revolucionario que dió en esa fecha el poder a Espartero.

El 8 de Noviembre de 1841 es nombrado Secretario de la Legación Española en La Haya; el 20 de Enero de 1842 toma posesión de su cargo, y en Febrero el Encargado de Negocios anuncia su regreso por habersele elegido diputado por Almería.

Gozaba entonces el poeta de la gran fama que sus composiciones líricas le dieron, y desde el 1.º de Marzo de 1842 desempeñaba su cargo de diputado (en el que no reveló dote excepcional alguna). Según don Juan Valera embelesaba, enamoraba con su arrogante figura, su amena conversación, el prestigio de sus versos... cuando una aguda enfermedad a la garganta lo llevó a la tumba, a los 34 años y en el apogeo de su fuerza y su atracción.

La última sesión a que asiste es la del 17 de Mayo; el 20 excusa su inasistencia y en la sesión del 23, ya el secretario da cuenta del fallecimiento del «dignísimo diputado por la provincia de Almería, don José de Espronceda».

Sus funerales fueron solemnes y demostraron claramente las muchas simpatías con que el poeta contaba.

Una razón de esta popularidad sería el hecho de ser Espronceda el más lírico, sino el único, del período romántico.

La Condesa de Pardo Bazán, en un interesante discurso, señala la influencia del momento histórico en la generación y habla de «esa España neurótica, que forzosamente transmitió algo de calentura a sus hijos geniales engendrados entre la conmoción cerebral del año ocho... Ni era España solamente la que tenía fiebre; era, como sabemos, el mundo... Espronceda era el hijo de las inquietas horas y del siglo enfermo; las tristezas, las rebeldías, las ilusiones de su edad formaron el núcleo y la esencia de su poesía, y por su boca hablaron y por sus ojos lloraron y con su lengua maldijeron las almas mudas y soñadoras, secretamente torturadas por la aspiración infinita». Varios críticos están de acuerdo con ella en que esa generación nerviosa, febril y apasionada de Heine, Leopardi, Víctor Hugo, Espronceda, tiene algo que ver con las agitaciones de la epopeya napoleónica que sacudieron al mundo. En realidad creemos

(1) Espronceda dijo:

«El necio audaz de corazón de cieno,  
a quien llaman el Conde de Toreno».

Toreno, al pedírsele su opinión sobre la obra de Espronceda, respondió que prefería los originales de Byron...

que hay gran verdad en las palabras de la Condesa, fué muy de veras «un hijo de las inquietas horas y del siglo enfermo...»

### JORGE GORDON, LORD BYRON

Con sobrada razón se ha asegurado que tal vez no hay una línea de las obras del gran poeta inglés que no esté relacionada con su vida. Frases idénticas se encuentran en sus cartas familiares y en sus poemas.

Hablando de doña Inés, en Don Juan, dice: «Era perfecta, pero la perfección es insípida», y a su amigo Hobhouse, refiriéndose a Lady Byron, su esposa, escribe: «Me gustaría mucho más si fuera menos perfecta...» Mientras más ahondamos en el estudio de su obra, mayores pruebas encontramos de que la ha vivido intensamente.

Desde antes de su nacimiento ya se encuentra en su familia y en él mismo esta patética mezcla de circunstancias felices y desgraciadas, de bendiciones y estigmas que van a ser el círculo dantesco del cual no logrará salir jamás.

Hijo único del segundo matrimonio del Capitán Juan Byron—*Mad Jack* o el *Loco Jack* para sus amigos—de quien heredó su fascinante y varonil hermosura, junto con su falta de principios y complicada mezcla de vicios y cualidades, casi antagónicos a veces, nació el 22 de Enero de 1788 en el N.º 16 de la calle Holles, en Londres y en circunstancias excepcionalmente penosas para su madre que se había separado de su marido poco antes, después de indescriptibles miserias.

En cuanto a alcurnia, Byron tenía razón para vanagloriarse de la suya, como lo hacía demasiado a menudo. Su madre, Catalina Gordon, era una rica heredera, descendiente directa de la Casa Real de Escocia. Su genealogía paterna es muy conocida para ocuparnos de ella. Baste decir que a los diez años nuestro héroe llegó a ser el sexto Lord Byron, por la muerte de su tío abuelo, un viejo maniático y malvado, más conocido como el «Wicked Lord». Esta herencia dañó enormemente su carácter orgulloso por naturaleza.

Si señalamos que la madre de Espronceda era «de natural un poco irascible», debemos constatar también que la de Byron era irritable y caprichosa hasta rayar en la locura. Recordaremos que murió de resultas «de un furioso estallido de rabia al recibir unas cuentas que consideraba excesivas» (1).

Sin embargo, hay pruebas fehacientes de que infinitas veces sacrificó el suyo propio por el bienestar de su hijo, quien casi siempre le correspondió con egoístas exigencias, que resultaban doblemente crueles dada la pobreza extrema en que a veces se vió sumida la señora Byron.

En muchas ocasiones las relaciones entre ambos fueron vergonzoso-

(1) R. L. Bellamy, *Byron the man*, London, 1924, pp. 72.

samente groseras, debido a los indomables caracteres, igualmente complejos, de madre e hijo. Es muy conocida la anécdota de que ambos fueron una noche a visitar al boticario, cada uno encareciéndole por su parte el peligro que su vida corría si vendía veneno al otro.

Ella trataba a su hijo con la mayor ternura... pero no se podía confiar, porque momentos después de las caricias solía arrojarle a la cabeza, por fútiles razones, cuanto encontraba a su paso, echándole en cara su cojera. Una vez él le respondió, con voz ahogada por la angustia y empapada en reproches: «Así he nacido, madre». Tal vez no hubo una hora de su vida que no estuviera amargada por la conciencia de este defecto, al que su vanidad daba una importancia desmedida. En su mismo lecho de muerte hizo salir a todos de su alcoba cuando Fletcher—su hombre de confianza y el único a quien lo permitió—aplicaba mostaza a sus pies.

Pero como para darnos una lección sobre la vanidad de la presunción humana, su íntimo amigo, Trelawny, con curiosidad muy poco caballerosa, no respetó su aversión y examinó minuciosamente su cadáver en Missolonghi, dejándonos un detallado análisis de su deformidad. Nunca pudo Byron perdonarla a su madre, a quien creía culpable de ella, aunque el doctor Cameron demostró que era congénita (1).

Su educación fué muy descuidada al principio, pues aunque desde los seis años asistió a la escuela de Mr. Brown en Aberdeen, su madre tuvo siempre la mala costumbre de llevárselo a casa por largos períodos, por más que los directores le hacían ver los perjuicios que con este sistema le acarrearía.

En Abril de 1801 fué a Harrow y el «headmaster», Doctor Drury, observó que «era más fácil guiarlo con un hilo de seda que con un cable».

Desgraciadamente, en la práctica, las personas que con Byron convivieron no tuvieron su tino, ni su interés afectuoso.

Desde Octubre de 1805 cursó como «undergraduate» en Cambridge y allí mismo recibió en Julio de 1808 su grado de «Master of Arts». Como en Enero de 1809 enterara su mayor edad, en Julio emprendió un viaje por el extranjero que duró hasta 1811. Uno de los países que primero visitó fué España y, aunque prometió volver, nunca lo hizo.

En lo físico, dos grandes luchas sostuvo durante toda su vida: ocultar o disimular su cojera y resistir su poderosa tendencia a la obesidad. En ambos casos llegó al heroísmo. Soportó valientemente atroces martirios con la vana esperanza de curar la primera y sufrió constantemente la tortura del hambre, quizás si no sólo por vanidad sino porque sus pies probablemente no habrían resistido mucho peso. Además quería, junto con la línea, conservar la agilidad de eximio nadador de que tanto placer y orgullo derivaba.

Bellamy dice que invariable y constantemente su principal alimento eran unas galletas y agua de soda. Por excepción se permitía unos festines

(1) Bellamy, Ob. Cit., p. 234.

de arroz, papas y pescado frío, empapados en vinagre, que devoraba «como un perro hambriento» y que pagaba con ataques terribles en los que perdía a veces todo control, llegando hasta a arrojar las sillas a sus íntimos que intentaban aliviarlo, para cambiar luego sus insultos en súplicas por medicinas que eran rechazadas minutos más tarde. Según sus propias confesiones, que se le escapaban entre espasmos de dolor, sufría «como aquel individuo maldito, encadenado a la roca, cuando los buitres le roían las entrañas» (1).

A pesar de su desprecio por las mujeres, a quienes miraba como «niños grandes, seres inferiores, aunque muy hermosos», llegando hasta a dudar si tendrían alma, empezó a interesarse por ellas muy precozmente: a los ocho años estaba enamorado de María Duffin, a los once de Margarita Parker y a los quince de María Chaworth. Durante toda su vida el sexo femenino aparece desempeñando papeles más o menos importantes, desde la tal vez demasiado digna Lady Byron, Lady Caroline Lamb, Clara Clairmont (la madre de su hijita Allegra), la Condesa Guiccioli, Teresa Macri—la inmortal «Doncella de Atenas»,—hasta el indiscutible y apasionado amor por su misma hermana Augusta Leigh, pasando por alto muchas otras no menos interesantes.

El 15 de Enero de 1815 Byron se casó con Miss Anne Isabella Milbanke, con la plausible esperanza de regenerarse, pues consideraba este paso su salvación. En realidad fué todo lo contrario, pues rápida consecuencia fué el acta de separación, que firmaba el 21 de Abril del año siguiente, seguida de su partida al destierro el 24 del mismo mes.

¿Quién era el culpable? Seguramente ambos, las costumbres, la sociedad... Por ese maldecido sistema de disponer de dos vidas sin considerar francamente los caracteres, los afectos o el mutuo espíritu de tolerancia para soportar la carga de molestias y choques prosaicos, tan difícil de llevar bien y a feliz término en la vida matrimonial, se unieron las dos naturalezas más absolutamente incompatibles que la mente pueda imaginar.

Ella, noble, generosa, inteligente, de una cultura poco común en esa época y de una bondad austeramente puritana, debe haber sido una ducha glacial para el poeta, todo fuego, pasión, siempre listo a burlarse de cualquier escrúpulo y para quien la buena reputación debía odiarse como el peor de los vicios femeninos.

Irritante en su misma perfección, se convertía en mudo e involuntario reproche a la intemperancia y egoísmo del marido.

En plena luna de miel—aunque él la llamó «treacle moon», o luna de melaza,—exclamó al despertarse con la luz rojiza de la alcoba nupcial: «¿Estoy acaso en el Infierno?» En otra ocasión, al interrogar ella humil-

(1) Bellamy, Ob. Cit., p. 207.

demente si estorbaba su compañía, respondió el suave consorte: «¡Condenadamente!»

Pero uno de los incidentes más trágicos en sus proyecciones, por la cicatriz eterna que debe haber dejado, es el que narramos en seguida: Una noche regresa Byron al hogar algo bebido y al parecer muy arrepentido y presa de los remordimientos. Se arroja a los pies de su mujer llamándose monstruo, infame y otros calificativos igualmente expresivos. Ella, sencillamente, cae en la trampa. Anegada en llanto, entre sollozos emocionados, ofrece olvido, amplio perdón y alcanza a vislumbrar un porvenir de paz en esa dolorosa reconciliación... Pero, ante sus ojos atónitos que no acertaban a comprender, lo ve erguirse como un demonio, cruzarse de brazos y estallar en sardónicas carcajadas: ¡Si todo eso era solamente un experimento filosófico para probar la firmeza de sus resoluciones!

Agréguense a este humor endiablado, dificultades económicas, su afición al láudano, el capricho de comer siempre solo—porque sentía aversión al ver comer a las mujeres,—y el pasar días y días en un mutismo agresivo, y ya hay elementos de sobra para envenenar una vida.

El dijo con mucha razón: «Mi matrimonio fué un experimento y resultó un fracaso». Todos son experimentos y muchos desastrosos, pero con gentileza e hidalguía, respeto y afán de comprensión mutua, las heridas que estos choques dolorosos producen no quedan infectadas por el rencor. Esta nobleza y caballerosidad faltaron al que tanto se vanagloriaba de su sangre azul.

¿Cómo se explica que un hombre que a veces demuestra instintos tan bajos, con degeneración casi confesa y demostrada casi, vicioso, lleno de miserias morales, atrajera y atraiga aún con fuerza irresistible? Porque cada error estaba en él compensado o sobrepasado por una virtud. Porque todo en él tenía «un sello de grandeza» genial; sus cualidades como sus extravíos; su originalidad, su cuna, su belleza física, sus complejidades mismas, arrastran como un vértigo y despiertan un interés semi morboso.

Nadie ha osado negarle su valentía en todo terreno, frente al enemigo en la batalla o arrojando las iras de una sociedad entera, ni tampoco su pródiga generosidad para con los pobres. En Italia les repartía anualmente un cuarto de sus cuatro mil libras de renta.

Su bondad para con criados y servidores está probada por ellos mismos, que lo lloraron como un padre. En Grecia arriesgó su vida por salvar a una desconocida que iban a arrojar al mar y quiso educar junta con su hijita Ada a una huerfanita turca, protegida suya.

Se ha asegurado que el que tiene cariño por los animales no puede tener un corazón pervertido; pues bien, Byron llevó a la manía esta afición.

Su irritabilidad corría pareja con su franqueza brutal y su incapacidad para el disimulo. Una vez, en Italia, visitaba un convento. Había escuchado con relativa paciencia el discurso de alabanzas que el Superior le dirigía en el banquete en su honor, pero, cuando ya no pudo soportar

más, estalló atronando para que lo librasen de esos «idiotas pestilentes» y abandonó la mesa echando improperios y maldiciones a sus huéspedes. No hay para qué decir que fueron inútiles los ruegos de sus compañeros que intentaban hacerlo volver. Al día siguiente dejó al partir una generosa limosna, pero ni la sombra de una excusa.

Su amor por la libertad y la ofrenda que hizo de sus bienes, fama y vida, en favor de la independencia griega, es una de sus mejores reivindicaciones. Tal vez ayudará a comprender mejor estos aspectos contradictorios del poeta, el par de retratos que Drinkwater inserta en su extenso trabajo sobre el conflicto byroniano. Aparecieron en un periódico satírico, *The Tomahawk*, el 18 de Septiembre de 1869. A la izquierda vemos a Byron, tal como lo presenta Mrs. Beecher Stowe, una especie de Mefistófeles rodeado de bichos y de víboras, monstruos y copas de sangre, que se llaman Parisina, Beppo, Don Juan, Caín... A la derecha, el poeta romántico y doliente «como está en los corazones de la nación británica», en el apogeo de su hermosura, tocado con un sello de profunda y patética melancolía. Uno es la caricatura satánica, el otro el poeta idealizado. Ni uno ni otro nos dan la realidad. Hace siglos que se dijo, y no en vano, que la verdad está en el justo medio.

Voluntarioso en extremo, Byron no quiso aceptar consejos para preservar su salud y fué temprana víctima de la fiebre en los pantanos de Missolonghi. Quizás si su existencia no habría sido larga en ningún caso: «los Byron son de corta vida», acostumbraba repetir. Ya en Italia sus amigos habían notado que «iba cuesta abajo tan rápidamente que no habría podido durar mucho más» (1). Aún su voz había perdido ya sus tan alabadas inflexiones musicales.

El que tanto había perorado y escrito, en vano luchó—como Espronceda—por dar a entender sus últimos deseos. Su desaliento, al perder en la agonía toda esperanza de conseguirlo, es realmente patético. Sus últimas palabras fueron: «Quiero dormir». En el crepúsculo del lunes 19 de Abril de 1824, expiró el poeta sin haber recuperado los sentidos «y en el mismo instante una espantosa tormenta se desencadenó sobre la comarca, como si el espíritu de la tempestad se adelantara a dar la bienvenida y reclamar su parentesco con el espíritu atormentado que acababa de partir» (2).

Bosquejadas ya, aunque a grandes rasgos, las biografías de Byron y Espronceda, no podemos menos de sorprendernos ante la larga serie de puntos de contacto que corren paralelos en sus vidas; algunos tanto más curiosos cuanto son meras coincidencias, pues sería ridículo no sólo creer sino hasta pensar que pudiera haber imitación—«boutade» o «pose», como las llaman Piñeyro y Fitzmaurice-Kelly—en hechos tan trascendentales y fortuitos como son la forma y la ocasión de morir.

(1) Bellamy, ob. cit., p. 133.

(2) Bellamy, ob. cit., p. 220.

Ambos abandonan la vida en forma inesperada y en plena juventud —Espronceda a los 34 y Byron a los 36 años,—después de haber vivido tan intensamente como es posible imaginar. Los dos dejan a una hija adorada y agonizan torturados por la imposibilidad de expresar sus últimos designios para proteger su porvenir.

Byron nunca se privó de alguna satisfacción que estuviera a su alcance, a excepción del alimento. Espronceda quizás nada rehusó de lo bueno que la vida le brindara.

Los dos conocieron el sabor del destierro y lucharon por la libertad.

Apasionados e independientes, ambos desafiaron a la sociedad y al Gobierno.

La rápida enfermedad que los arrastró a la tumba, llenos de vigor y belleza, contribuye a aumentar el halo romántico que los nimba mil veces mejor que si hubieran caído decrepitos o después de esas dilatadas esperas de la muerte, en las que el desenlace, por muy fatal que sea, ya ha perdido todo su sentido trágico.

Irreflexivo, pero «cordial y simpático», valeroso y decidido, noble y afectuoso con los que lo comprendían, aunque sarcástico y amargado por los desengaños, Espronceda nunca puede rivalizar con Byron en sus más brillantes cualidades; pero tal vez tampoco nunca llegó a sus aberraciones y miserias morales, pese al juicio de su maestro Lista, que comparó su talento «a una plaza de toros, muy grande, pero con mucha canalla dentro».

## ARGUMENTO DE “EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA”

*I Parte.*—Va encabezada con una cita del Quijote: «Sus fueros, sus bríos; sus premáticas, su voluntad».

Don Félix de Montemar, prototipo del héroe romántico, audaz y decidido, ansioso de fuertes emociones y singulares aventuras, seduce a la «inocente y desdichada Elvira».

*II Parte.*—Al verse abandonada, y adorando a pesar o a causa de ello a su amante, la víctima tiene la suerte de volverse loca, puesto:

«que es la razón un tormento  
y más vale delirar sin juicio  
que el sentimiento  
cuerdamente analizar» (1).

El poeta simpatiza con la víctima, trasciende un sentimiento de lástima hacia las mujeres desgraciadas, absolutamente inusitado en Byron

(1) *El Estudiante de Salamanca*, ed. de La Lectura, Madrid, 1923, p. 275.



—si no es por una excepción;—Espronceda nunca las satiriza tan cáusticamente como aquél suele hacerlo a menudo. ¿Es que el «hidalgo español» vence al «gentleman»?

En cambio, cuando hablan sus héroes, los papeles se invierten; Don Juan resulta de una galantería aterciopelada al parangonarse con la aspereza despectiva de don Félix.

Elvira muere de amor, pero el seductor no se altera en lo más mínimo. Otra víctima en la lista poco significa.

*III Parte.—Cuadro dramático:* Don Félix, Don Diego de Pastrana y seis jugadores. Moreno Villa lo compara a «la escena realista inicial de don Alvaro, entre jugadores y pícaros jactanciosos».

Frente a una sórdida mesa de juego se agrupan seis hombres anhelantes, desfigurados por la avaricia. Afuera brama el huracán orquestando sus ansias tempestuosas. Aparece don Félix, arrogante y airoso, varonil y galán. Hasiado de amores, sólo sed de dinero siente. Escéptico y descreído, juzga perdida su alma, pero «no le importa un ardite». Resulta, pues, natural que juegue el retrato de Elvira y que diga:

«a estar aquí, la jugara  
a ella, al retrato y a mí».

Aunque a primera vista extraña, la actitud de Montemar en la escena que sigue es muy humana, o, al menos, muy española. Se permite a sí mismo toda clase de expresiones irrespetuosas sobre su dama, pero su caballerosidad se despierta al ver que otro la ultraja. Tenemos aquí un rasgo psicológico de lógica absurda, pero, no por eso, menos real e infinitas veces observado. Veamos el caso:

DON FÉLIX: «¿Queréis la dama? Os la vendo».

JUGADOR III: «Yo de pinturas no entiendo».

DON FÉLIX (*con cólera*): «Vos habláis con demasiada  
altivez e irreverencia  
de una mujer...; y si nó!» (1).

Entra luego don Diego, vengador y terrible,

«pálido el rostro,  
cejijunto el ceño  
y torva la mirada

aunque afligida...» Parece, como don Félix lo indica, escapado de un tapiz. Tiene fuerza y grandeza, hay algo patético en su dolor y su deshonor que está dispuesto a lavar a cualquier precio. El trío de los amantes y el hermano atrae como si realmente vivieran. Se destacan mucho más nítidos que todos los personajes del Don Juan.

(1) *El Estudiante de Salamanca*, ed. de La Lectura, Madrid, 1923, p. 289.

Don Diego quiere hablar a solas con su enemigo; éste le contesta con sorna.—DON DIEGO: «Don Félix, ¿no conocéis a don Diego de Pastrana?»

DON FÉLIX: «A vos, no, más sí a una hermana que imagino que tenéis».

Al saber que Elvira ha muerto, ni la más leve emoción demuestra. «Téngala Dios en su gloria», exclama, y eludiendo toda culpabilidad, atribuye su fin a «alguna calentura».

Salen a la calle, desnudas las espadas, pero el seductor ha contado antes sus ganancias con absoluta indiferencia y no puede perdonar a su contendor el tesoro que perderá «por no sé qué cuento de amor»...

Al ser tachado de mal caballero, se disculpa:

«Mi delito no es gran cosa.  
Era vuestra hermana hermosa,  
la ví, me amó, creció el fuego,  
se murió, no es culpa mía;  
y admiro vuestro candor,  
que no se mueren de amor  
las mujeres de hoy en día» (1).

*Parte IV.*—Al frente, una cita de Miguel de los Santos Alvarez y otra muy oportuna de San Marcos Evangelista: «Spiritus quidem promptus est; caro vero infirma». En verdad el espíritu indomable de don Félix no se doblega jamás; sólo su carne desfallece ante las poderosas fuerzas que los arrastran en loco torbellino.

Muerto Pastrana, sigue satisfecho el victimario por la calle del Ataúd. Aquí empieza lo sobrenatural y misterioso. Una lámpara moribunda se extingue; un aliento suspira sobre su rostro en medio de la densa obscuridad; los nervios se crispan para volver un segundo después a su rigidez habitual. Una figura femenina, envuelta en albas vestiduras se deja ver; ella y la luz se alejan si él trata de cogerlas, se detienen si él desiste de su intento. Exasperado por la imposibilidad de alcanzarla, jura ir tras ella a los mismos infiernos y la amenaza por ese mutismo que lo saca de quicio:

«Con los mudos, reina mía,  
yo hago mucho y hablo poco».

El fantasma intenta en vano disuadirlo, y sobre el doloroso gemido que dejó escapar tenemos la única digresión importante del Cuento, unas diez y seis estrofas no del todo desligadas del tema (pp. 304-306).

(1) Obra y edic. cit., p. 295.

Este despego, desconocido para el afortunado conquistador, lo excita y hace maldecir: «Goce yo el presente, disfrute yo ahora  
y el diablo me lleve siquiera al morir...»

Marchan incansables por «calles tristes y arruinados muros...  
«y atraviesan, pasan, vuelven,  
cien calles quedando atrás...»

Así como éste se encuentran varios ejemplos de acertada armonía imitativa, ya sea del movimiento, ya de la emoción. De súbito el decorado se transforma:

«Palacios, templos se cambian  
en campos de soledad,  
y en un yermo y silencioso,  
melancólico arenal...»

Se cree ebrio al verse incapaz de comprender lo que sucede:

«O Satanás se chancea  
o no debo estar en mí  
o el Málaga que bebí  
en mi cabeza aún humea» (p. 312).

El hidalgo, exasperado, se vuelve grosero y vulgar:

«Ha dado en no responder  
que es la más rara locura  
que puede hallarse en mujer,  
y en que yo la he de querer  
por su paso de andadura» (p. 313).

Parece que hubiera en esta estrofa un perceptible toque byroniano.

Las campanas tocan plañideramente, acompañan el desfile de un cortejo funeral: el de don Juan y el suyo propio. Tiembla un instante, pero se rehace al punto y proyecta reclamar al día siguiente del error. Con ese ánimo se interna por tenebrosos corredores, pero al invencible estudiante le sobran bríos para entonar báquicos cantares:

«Segundo Lucifer que se levanta  
del rayo vengador la frente herida,  
alma rebelde que el temor no espanta,  
hollada sí, pero jamás vencida...» (p. 320).

El torbellino se hace vertiginoso y lo arrastra hacia el abismo: gritos, silbidos, brutales carcajadas, ayes, lamentos, mofas, sarcasmos, forman satánico concierto a la vorágine. En medio de ella llega don Diego y le tiende la mano en señal de perdón: el honor está limpio, Montemar ha

cumplido la palabra empeñada, pues Elvira ya es su esposa, aunque en esqueleto.

Todavía no se apura don Félix, que responde con una filosofía byroniana: «Mi esposa muerta, tanto como viva no me cansará», y pide, por lo menos, a Luzbel por padrino de sus macabras bodas.

La novia resulta más apasionada y ardiente de lo que podría presumirse, y mientras don Félix siente que sus nervios se crispan de repugnancia y horror, no logra esquivar sus lúbricas caricias:

«El cariado, lívido esqueleto,  
 los fríos, largos y asquerosos brazos,  
 le enreda en tanto en apretados lazos,  
 y ávido le acaricia en su ansiedad:  
 y con su boca cavernosa busca  
 la boca a Montemar, y a su mejilla  
 la árida, descarnada y amarilla,  
 junta y refriega repugnante faz». (p. 331).

Ya cansa la tensión; no es posible imaginar tan hercúlea resistencia en un simple mortal; ya es tiempo de que la carne flaquee y se relaje «aunque el espíritu desmienta su miseria».

Así, paulatinamente, como cuando en pleno dominio de nuestras fuerzas un anestésico nos va arrebatando la conciencia que luchamos angustiados por conservar, así se va desmoronando con los ojos turbios, buscando inútilmente apoyo en el vacío, hasta que cae insensible en un completo nirvana.

«La muerte de don Félix, inmerso en una ronda frenética, abrazado por el esqueleto de Elvira, con asistencia de don Diego chorreando sangre de la estocada, es verdaderamente espantosa. El poema cierra con el alba jubilosa que después de la caótica noche ilumina las torres de la ciudad. Todo ha pasado. Vuelve la vida, el rumor de los talleres, el trajín humano. El poema queda verdaderamente concluso a la manera clásica. El drama queda en su plano de sombras y el lector fuera. Es el cuento» (1).

Hay en don Félix una fuerza diabólica que no hallamos en el muy humano don Juan de Byron. Su amargura tiene un sabor muy distinto del alado cinismo byroniano. Tiene la fuerza, el colorido de una creación de Goya y tal vez hasta sus mismos defectos, brochazos al descuido, líneas rotas o bruscas. Muy superior al primero, y a todos sus descendientes, resulta éste:

«Segundo don Juan Tenorio,  
 alma fiera e insolente,  
 irreligioso y valiente,  
 altanero y reñidor:

(1) Moreno Villa, pról. cit., p. 33.

siempre el insulto en los ojos,  
 en los labios la ironía,  
 nada teme y todo fía  
 de su espada y su valor».

Es mucho menos sensible y fiel que el héroe de Byron, que sabía llorar la pérdida de sus amores, pues su «corazón gastado, «mofa de la mujer que corteja, y, hoy despreciándola, deja la que ayer se le rindió». (pp. 267 y 268).

Demuestra un desinterés de gran señor en cuestiones de dinero, nunca recuerda el que ha perdido ni tampoco la mujer que ha abandonado; aún en los casos en que parece avaro, no nos convence y sus respuestas sólo nos parecen una «pose» para insultar a don Diego.

Don Juan nos resulta un modelo de circunspección al compararlo al salmantino que vivía:

«Siempre en lances y en amores,  
 siempre en báquicas orgías...»

¿No tienen sus amores, los ímpetus y arrestos juveniles, la generosidad y el patriotismo de Espronceda este mismo sello de grandeza? ¿Su indiscutible altivez, su osadía, su hermosura varonil, sus aventuras—exceptuando de la lista sólo los vicios que no tuvo y los crímenes que nunca cometió Espronceda—no emanan calor autobiográfico?

Parece evidente que, si no hay coincidencia exacta, es porque don Félix supera al autor; como si la sociedad hubiera impedido al poeta realizar en sí mismo el ideal que en su héroe forjó.

Ferrer del Rfo dice que «a haber poseído inmensos caudales, fuera el don Juan Tenorio del siglo XIX... cuando compone El Estudiante de Salamanca, dibuja en don Félix de Montemar su propio retrato» (1).

En cambio Churchman afirma: «Su don Félix, en El Estudiante de Salamanca, de ningún modo está identificado con el autor, como lo está Byron con su don Juan; está más bien tratado objetivamente y condeñado» (2).

Cualidades y defectos de Espronceda se hallan casi todos en don Félix; en cambio no puede indentificarse la exuberante personalidad de Byron con su casi pusilámne don Juan. Lo sobrepasa. Por eso es que se ahoga en el estrecho molde del héroe que él mismo forjó, y lo arroja a un lado para evitar que estalle. Así, desenmascarado, salta al palenque en sus extensas digresiones. Cierto es que hay episodios como el de Haydée—

(1) Obras poéticas de Espronceda, 1926, p. 26.

(2) *Byron and Espronceda*, Revue Hispanique, Vol. XX, 1909, p. 121.

«fantástico relato de su aventura amorosa con la hija de un pescador o un corsario que encontró en Grecia» (1)—que ambos han vivido. Debe quedar claro que Byron se identifica con el poema mismo, pero no con el héroe que es muy inferior al autor. En cambio Espronceda se acerca a don Félix, y, fuera de él, muy poco más de su personalidad podríamos encontrar en *El Estudiante de Salamanca*; las digresiones subjetivas escasean.

La suavidad de líneas, la palidez del colorido del retrato de Elvira, forman el reverso del medallón de don Félix. Es la brusca antítesis de una virgen de Murillo frente a la pintura de un toreador, por lo menos.

Esta Elvira, inocente y desdichada, cuyo abandono inspira compasión y simpatía, es hermana de Ofelia:

«Vedla, allí sueña en su locura  
presente el bien que para siempre huyó.  
Dulces palabras con amor murmura:  
piensa que escucha al pérfido que amó» (p. 275).

Como la heroína de Hamlet, Elvira es dulce y frágil, su mente se extravía al brusco aletazo del dolor; son ambas «cándidas rosas, suaves aromas, vasos de bendición que el hombre rompió con mano impía». Para ellas «era el amor de su vivir la fuente, y estaba junta a su ilusión la vida». Las dos son princesas de leyenda, pálidas, liliales. La pasión que sintieron está purificada por el dolor y el sacrificio. A Julia y demás heroínas byronianas les sienta mejor el rojo de la sangre meridional y ardiente. La llama arde en ellas obscurecida por el deseo egoísta de la propia satisfacción; el instinto les entorpece las alas y nunca pueden volar por sobre la vulgaridad, o la realidad, en el mejor de los casos, si exceptuamos a Haydée.

Hasta el sauce, las flores y los céfiros de la estrofa final, nos traen reminiscencias shakespearianas:

«Sobre ella un sauce su ramaje inclina;  
sombra le presta en lánguido demayo,  
y allá en la tarde, cuando el sol declina,  
baña su tumba en paz su último rayo...» (p. 280).

Se nos ocurre que las flores preferidas de Elvira y Ofelia habrían sido lirios y azucenas, mirtos y miosotis. Julia, Catalina, Haydée, habrían elegido amapolas sangrientas o claveles purpúreos.

Churchman cree que el carácter de Elvira, además de un poco de éstas, tiene algo de Margarita de Goethe (2).

(1) Samuel Chew, *Byron in England*, Londres, 1924.

(2) Ob. cit., p. 164.

Con Haydée tienen en común la locura y su causa, como también la lucidez próxima a la agonía. Uno de los motivos más poderosos para pensar que Espronceda intentó imitar este carácter es la cita de las líneas finales de su historia con que comienza la segunda parte del Estudiante.

Con las demás, fuera del amor apasionado, común a millares de figuras femeninas, no alcanzamos a notar mayores semejanzas. Por el contrario, sus actitudes ante acontecimientos similares son bien diferentes, cuando no opuestas.

Hacemos nuestras las muy acertadas opiniones de don Juan Valera sobre esta obra en que campean unidos el sabor legendario, la brillante fantasía y los trazos enérgicos, atenuados, a veces, por la pátina de la melancolía y el sentimiento: «¡Cuán diferente del don Juan Tenorio de Zorrilla es el Don Félix de Espronceda! Don Félix es más terrible que don Juan, y le gana la apuesta y le mata, sin necesidad de poner por cuenta en un papel las mujeres seducidas y los enemigos muertos. Le basta a Don Félix seducir a doña Elvira y matar a su hermano; porque esta mujer y este enemigo valen por un millón de los que apuntaba el otro en su lista» (1).

(Concluirá)